

y ambos después separaron la vista. Uno á otro se estorbaban. Volvieron á adoptar su aspecto glacial; el uno tieso y sólido, con su cabellera abundante; el otro; irguiendo sus hombros flacos, sobre los que caía su corona de escasos cabellos blancos.

—¡A fe mía!—exclamó Naná, presentando sus diez enormes monedas de plata, y adoptando el partido de reir;—voy á hacerlos ir cargados... ¡Tomad para los pobres!

Y el adorable hoyuelo de su barba se ahuecaba. Tenía entonces todo el aire de buena muchacha, sin fingimiento, con la pila de monedas en su mano abierta, ofreciéndola á los dos hombres, como para decirles: «¡Vaya! ¿quién las quiere?» El conde, más listo que su compañero, cogió los cincuenta francos; pero quedó una moneda, para tomarla hubo de recogerla rozando la piel de la joven, una piel tibia y suave, que le causó un estremecimiento. Y ella, alegre, continuaba riendo.

—Va por esta vez, señores,—repuso.—Otra vez, espero que podré dar más.

Como ya no tenían pretexto, saludaron, dirigiéndose hacia la puerta. Pero en el momento en que iban á salir, sonó de nuevo el infatigable tintineo. El marqués no pudo ocultar una pálida sonrisa, mientras que una sombra, obscureció la gravedad del conde. Naná los retuvo algunos segundos, para dar tiempo á que Zoé hallara otro rincón más. No le agradaba que se encontrasen las visitas en casa. Pero, lo que es á la sazón debía estar la casa atestada. Así, pues, vióse libre de un gran peso, al notar que estaba vacío el salón. ¿Habría escondido Zoé á los que esperaban, en los armarios?

—Hasta la vista, señores,—dijo, deteniéndose en el umbral del salón.

Y les envolvía en su sonrisa y en su clara mirada. El conde de Muffat se inclinó, trastornado, á pesar de su gran práctica del mundo, sintiendo nece-

sidad de aire, llevándose un vértigo de aquel tocador, un olor de flores y de mujer que le ahogaba. Y, tras de él, el marqués de Chouard, seguro de no ser visto, atreviéndose á dirigir á Naná un guiño de ojos, descompuesta de repente su fisonomía y asomando la lengua al borde de los labios.

Cuando la joven volvió á su tocador, donde Zoé la esperaba con cartas y tarjetas, exclamando, riendo, en alta voz:

—¡Venir nada menos que un par de ricachos á birlarme mis cincuenta francos!

No lo decía enfadada; pero le parecía chusco que los hombres le hubiesen sacado el dinero á ella. De todos modos, eran unos marranos, pues la habían dejado sin un céntimo. Pero la vista de las cartas y de las tarjetas excitó de nuevo á su apaciguado mal humor. Las cartas, pase; procedían de señores que, después de haberla aplaudido la víspera, le dirigían declaraciones. En cuanto á los visitantes, podían muy bien irse á paseo.

Zoé los había colocado en todas partes; é hizo notar que la causa era muy cómoda, puesto que cada cuarto tenía puerta al corredor. No sucedía lo mismo en casa de la señora Blanca, donde era menester pasar por el salón cosa que había proporcionado no pocas desazones á la señora Blanca.

—Vais á despedirlos á todos,—repuso Naná terca en su idea.—Empezad por el morito.

—En cuanto á ese, no hace poco tiempo que le he dado pasaporte,—dijo Zoé sonriendo.—Su visita no tenía más objeto que decir á la señora que no podía venir esta noche.

Al oír esto Naná, alborozada, batió palmas. ¡No vendría! ¡qué ganga! ¡Quedaba, pues, libre! Y lanzaba suspiros de alivio; como si la hubiesen indultado del más abominable suplicio. Su primer pensamiento fué para Dagenet, el pobre gatito á quien precisamente le había escrito que se esperase hasta el jueves. ¡Na-

da! ¡la señora Maloir se había eclipsado, sin que nadie lo advirtiese, como acostumbraba. Entonces Naná, después de haber pensado en enviarle un recado, quedó indecisa. Estaba sumamente fatigada. ¡Qué felicidad sería dormir una noche entera! La idea de esta dicha acabó por decidirla. Bien podía darse ese gusto, por una vez.

—Me acostaré al volver del teatro,—murmuró recreándose ya de antemano;—y no me despertaréis antes de mediodía.

Después, alzando la voz:

—¡Ea! ¡Ahora poned á los demás en la escalera! Zoé no se movía. Si bien nunca se permitía aconsejar abiertamente á su señora, no dejaba de arreglárselas de manera que la señora pudiese sacar provecho de su experiencia, cuando la señora iba á hacer algún disparate con su mala cabeza.

—¿También al señor Steiner?—preguntó con voz breve.

—Seguramente,—respondió Naná.—Y á ese primero que los demás.

La doncella esperó un rato todavía, para dar tiempo á que la señora reflexionase. ¿No sería un orgullo para la señora poder arrebatarse á su rival, Rosa Mignon, un señor tan rico, conocido en todos los teatros?

—Despachad pronto, querida,—repuso Naná, que comprendía perfectamente,—y decidle que me encocora.

Pero, de repente, cambió de parecer; tal vez, el día siguiente, podía ocurrírsele ese antojo; y, con un gesto de granuja, riendo y guiñando los ojos:

—Al fin y al cabo,—exclamó:—si quiero pescarlo, lo más corto es ponerle de patitas en la calle.

Zoé quedó sorprendida. Contempló á la señora, presa de súbita admiración, y en seguida fué á despedir á Steiner, sin titubear.

En el interin, Naná aguardó algunos minutos, para darle el tiempo de «barrer el piso», como decía ella.

¡No se podía formar idea de semejante asalto! Asomó la cabeza al salón; estaba vacío. El comedor vacío también. Pero, mientras proseguía su visita, tranquilizada, segura de que ya no había nadie en la casa, tropezó de repente con un jovencillo, al empujar la puerta de su gabinetito. Estaba sentado en una alta maleta, muy tranquilo, con aire prudente, y un enorme ramillete sobre sus muslos.

—¡Ah! ¡Dios mío!—exclamó Naná.—Todavía uno ahí dentro.

El jovencito, al divisarla, se había puesto en pie, rojo como una amapola. Y no sabía qué hacer con su ramo, que pasaba de una mano á otra, sofocado por la emoción. Su juventud, su perplejidad, la chusca facha que tenía con su ramo, enternecieron á Naná, la cual soltó una franca carcajada. Con que ¿los niños también? ¡Los hombres se le presentaban en mantillas! Y se abandonó á su jovialidad, bonachona, maternal, golpeándose los muslos y preguntándole en broma:

—¿Quieres que te limpie los mocos, muchacho?

—Sí,—contestó el adolescente, en voz baja y suplicante.

Esta respuesta aumentó su hilaridad. El jovencito tenía diecisiete años, y se llamaba Jorge Hugon. Estuvo en Variedades la víspera. Y venía á verla.

—¿Son para mí esas flores?

—Sí.

—¡Dámelas, pues, bobalicón.

Y mientras ella cogía el ramo, el adolescente le agarró las manos con la vehemencia de su dichosa edad. La joven hubo de pegarle, para que la soltara. ¡Vaya un mocoso impaciente! A la vez que le reprendía, púsose Naná muy sonrosada y sonreía. Y le despidió, permitiéndole que volviese. El adolescente se tambaleaba, y no acertaba á dar con las puertas.

Naná se dirigió á su tocador, donde Francisco se presentó, casi en seguida, para peinarla definitivamente. La joven no se vestía hasta la noche. Sentada frente

al espejo, inclinando la cabeza entre las ágiles manos del artista, permanecía muda y pensativa, cuando entró Zoé diciendo:

—Señora, hay uno que no quiere marcharse.

—¡Pues bien! Déjalo,—contestó ella tranquilamente.

—Además, siguen llegando otros.

—¡Bah! díles que esperen. Cuando tengan bastante hambre, ya se irán.

Su antiguo carácter había sufrido una transformación. La encantaba eso de hacer esperar á los hombres. Una idea acabó de alegrarla: escapóse de las manos de Francisco y corrió ella misma á echar los cerrojos; actualmente, ya podían amontonarse unos sobre otros, que de seguro no penetrarían á través de la pared. Zoé entraría por la puerta de la cocina. Entre tanto, el timbre seguía resonando á más y mejor. Cada cinco minutos reproducíase el retintín agudo y sonoro, con su regularidad de máquina bien montada. Y Naná contaba los campanillazos, para distraerse.

De repente, le acudió un recuerdo,

—¿Y mis almendras?—preguntó.

También olvidaba las almendras Francisco. Sacó un cucurucho de uno de los bolsillos de su levita, con el gesto discreto de un hombre de mundo que ofrece un regalo á una amiga; sin embargo, nunca se olvidaba de cargarlos en la cuenta de sus honorarios. Naná colocó el cucurucho entre sus rodillas, y empezó á comer almendras, moviendo la cabeza á los ligeros empujes del peluquero.

—¡Pardiez!—murmuró al cabo de un silencio;—lo menos son una cuadrilla.

Tres veces, una tras otra, había resonado el timbre. Los retintines se precipitaban. Los había modestos, que balbuceaban con el temblor de una primera declaración de amor; atrevidos, vibrando á impulso de algún dedo brutal; urgentes, atravesando el aire con rápido estremecimiento. Una verdadera concurrencia, como decía Zoé, una concurrencia capaz de poner en revolu-

ción el barrio entero, toda una muchedumbre oprimiendo sucesivamente el botón de marfil. Ese truhán de Bordenave había dado las señas de la casa á demasiada gente; á ese paso, todos los concurrentes de la vispera iban á pasar por allí.

—A propósito, Francisco,—dijo Naná.—¿Lleváis encima cinco luises?

El peluquero retrocedió, examinó el peinado, y después, con la mayor tranquilidad:

—¡Cinco luises!... según y cómo...

—¡Oh!—repuso ella:—¡si os hacen falta garantías!...

Y, sin acabar la frase, con un gesto significativo, indicaba las habitaciones vecinas. Francisco prestó los cinco luises. Zoé, en los momentos de tregua, entraba para preparar la «toilette» de su señora. En breve, comenzó á vestirla, mientras el peluquero se aguardaba, queriendo dar la última mano al peinado. Pero, incesantemente, el timbre distraía á la doncella, que se veía obligada á dejar á su señora á medios lazos ó calzada solamente de un pie. A pesar de su experiencia, perdía la cabeza. Después de haber ido metiendo á los hombres por todas partes, utilizando los menores rincones, acababa de verse obligada á colocar tres ó cuatro juntos, lo cual contrariaba todos sus principios. ¡Tanto peor para ellos, si se comían unos á otros! ¡Así dejarían más espacio! Y Naná, muy atrancada, al abrigo de todos, se burlaba de ellos, diciendo que les oía resollar. Debían tener una linda facha, con la lengua colgada, á guisa de perritos sentados á la redonda sobre sus traseros. Aquello era la continuación de su triunfo de la vispera; la jauría de hombres la había seguido por el rastro.

—Con tal de que no rompan nada,—murmuró.

Y comenzaban á inquietarla los calientes alientos que penetraban á través de las rendijas, cuando Zoé introdujo á Labordette. La joven lanzó un grito de satisfacción. La Bordette quería hablarle de una cuen-

ta que había pagado por ella en el juzgado de paz. Mas ella no le escuchaba y repetía:

—Os llevo conmigo... Comeremos juntos... Desde allí, me acompañarás á Variedades... No entro en escena hasta las nueve y media.

¡El buen Labordette llegaba muy á propósito! Nunca pedía nada. No pasaba de ser el amigo de las mujeres, cuyos negocijos despachaba á las mil maravillas. Así, al pasar por el recibimiento, había despedido á los acreedores, los cuales, por otra parte, no querían que se les pagase, muy al contrario, si habían insistido, era con el solo objeto de felicitar á la señora y de reiterarle personalmente la oferta de sus servicios, después de su gran triunfo de la víspera.

—Larguémonos, larguémonos,—decía Naná, que estaba ya vestida.

Precisamente, Zoé regresaba entonces, gritando:

—Señora, renuncio á abrir... Hay una cola de gente en la escalera.

¡Una cola de gente en la escalera! El mismo Francisco, á pesar de la flema inglesa que afectaba, se echó á reír, mientras recogía sus peines. Naná que había tomado del brazo á Labordette, le empujó hacia la cocina. Y se puso en salvo, libre ya de hombres, por fin dichosa, sabiendo que con Labordette podía estar sola en cualquier sitio, sin temer tonterías.

—A la vuelta, me acompañaréis hasta la puerta de casa,—dijo mientras bajaba la escalera de servicio.—Así, estaré segura... Figuráos que quiero dormir toda una noche; toda una noche para mí sola. ¡Un capricho, querido!

III

La condesa Sabina, como se habían acostumbrado á llamar á la señora Muffat de Beauville, para distinguirla de la madre del conde, fallecida el año ante-

rior, recibía todos los martes, en su palacio de la calle Miromesnil, esquina de la Penthievre. Era un vasto edificio cuadrado, habitado por los Muffat desde hacía más de un siglo; en la calle, la fachada alta y sombría, parecía dormida, melancólica cual convento, con inmensas persianas que casi siempre estaban cerradas en un jardincito húmedo, habían crecido algunos árboles, ávidos de sol, tan largos y tan delgados, que se veían sus ramas por encima de las tejas.

Aquel martes, á eso de las diez, apenas había una docena de personas en el salón. Cuando sólo esperaba visitas de intimidad, la condesa no abría el saloncito, ni el comedor. Se pasaba la velada más entre familia, y se hablaba al amor de la lumbre. El salón, por otra parte, era muy vasto y muy alto; cuatro ventanas daban al jardín, cuya humedad dejábase sentir en aquella lluviosa velada de fines de abril, á pesar de los enormes leños que en la chimenea ardían. Nunca penetraba allí el sol; de día, una claridad verdosa iluminaba apenas la estancia; y por la noche, cuando las lámparas y la araña estaban encendidas, aumentaba todavía su aspecto grave, con sus muebles de maciza caoba, sus colgaduras y sus sillones de terciopelo amarillo con anchos dibujos satinados. Reinaban allí una dignidad glacial, costumbres antiguas, un tiempo que pasó, exhalando un olor de devoción.

Sin embargo, en frente del sillón en que había fallecido la madre del conde, sillón cuadrado de madera pesada y tela resistente, al otro lado de la chimenea, la condesa Sabina estaba sentada en una lutaca, cuyo acolchado de seda roja tenía la blandura de la pluma. Era el único mueble moderno, un rasgo de capricho introducido en aquella severidad, chocante en grado sumo.

—Así pues, decía la joven señora,—tendremos al shah de Persia.

Hablaban de los soberanos que acudían á París.